



Carlo María Martini 1990

No te sorprendas por esta carta que te dirijo precisamente a ti. He decidido escribirte porque –al menos hasta ahora– me ha resultado imposible encontrarme contigo: donde iba yo, tú no estabas y donde ibas tú... ¡yo no estaba! No obstante, nuestros caminos se han cruzado con frecuencia: muchas tardes, al volver de las parroquias o de los centros parroquiales, te he visto a las puertas de alguna discoteca, dentro de alguna cervecería o hamburguesería, o bien paseando por las calles del centro, en la plaza de la catedral...

Habría querido llamarte y detenerme para encontrarme contigo, pero después me he preguntado: ¿cómo me presentaré? Y también: ¿qué pensará este muchacho, esta muchacha? ¿Con quién me comparará: con sus padres, un poco enfadados por sus retrasos; con algún intruso un poco entremetido–, con la intervención imprevista de algún agente de la fuerza pública? Y yo ¿seré capaz de escuchar, de dialogar con ella, con él...? Por eso, he decidido escribirte. Yo trataré de ser breve, y tú trata de llegar hasta el fondo. No te tenderé trampas, evitaré los sermones y los reproches: sólo quiero hablarte y decirte que estoy preparado, si lo deseas, para dialogar contigo; deseo tratar de comprenderte mejor a ti y a tus amigos.

A veces, a los adultos les sucede que te reprochan antes de comprender el motivo de un determinado comportamiento, que te descalifican sin darte la posibilidad de apelar. Yo no quiero comportarme así. Trataré, por el contrario, de escucharte y de responderte, como he hecho ya con otros jóvenes de tu edad. Algunos de ellos, aunque estén alejados de la Iglesia, me han escrito para explicarme el motivo de su alejamiento. Otros me han dado a conocer sus razones por medio de amigos.

Estas son algunas de las cosas que dicen (naturalmente, los nombres son ficticios, pero conservo fielmente la sustancia de sus expresiones). «Desde pequeño recibí de mi familia una buena educación religiosa. Pero las preguntas que me planteaba eran muchas y hacían que me sintiera muy confuso. Así, mientras que antes estaba, por decirlo así, obligado a ir a la iglesia, al llegar a una cierta edad, dejé de frecuentarla». Roberto

«Me alejé de la Iglesia porque mis padres me mandaron a la catequesis de comunión y de confirmación, pero yo veía que a ellos nos les interesaba lo que me enseñaban. Llegado un cierto momento, ya no me obligaron y dejé de ir». Marco

«Personalmente, creo mucho en las cosas prácticas, en los problemas concretos, cotidianos, en los hechos... no en las teorías, en las ideas bonitas, en el exceso de palabras que se escuchan en la iglesia. Hacen falta hechos para mejorar el mundo, no chacharas». Laura

«A un muchacho de hoy no le interesa la Iglesia. Prefiere distraerse, divertirse, evadirse, jugar, enamorarse, correr riesgos, tal vez también jugarse la vida conduciendo una moto. Si vas a la iglesia, te prohíben todas estas cosas». Gionata

«Yo no estoy muy dispuesto a dejarme instruir por los sacerdotes... algunos quieren convertirte a toda costa: he decidido no dejarme amaestrar por nadie. No quiero que me manejen ni me encasillen. Puedo aprender a vivir yo solo. Si me equivoco, lo pagaré». Cristian

«Me gusta muchísimo bailar, tener una alta autoestima, ser admirada, enamorarme al menos el sábado por la noche y el domingo. Pero la religión no permite estas cosas. No acepto que la Iglesia me diga lo que debo hacer o dejar de hacer con mi novio». Monica

«Hasta el tercer curso de educación secundaria fui a la iglesia y participé en las actividades parroquiales. Pero después vi que era un grupo de personas que te juzgaban, que estaban bien ellas juntas, que no aceptaban a personas nuevas, que pensaban que valían más que todos. Y lo dejé». Stefano

«Iba a la iglesia más por costumbre que por necesidad; para mí era una tradición y no un gesto hecho por amor». Debora

«Ya no creo en nada. A veces pienso que tiene razón mi padre cuando dice que también la Iglesia es una tienda, un partido político, una invención para controlar a la gente.

Ni siquiera creo en el más allá, o, mejor dicho, creía cuando era niña... pero he crecido, he conocido la realidad, el

dolor, la muerte, la injusticia, el mal y me he preguntado: pero en medio de todo este caos, ¿qué hace Dios? ¿Existe? Y si existe, ¿por qué permite todo este dolor? Bah...». Sara

¿En qué estás pensando? ¿Tal vez también tú suscribirías alguna de estas frases? ¿O tus motivos para no ir a la iglesia son distintos? Yo, personalmente, me siento «desplazado»: bajo estas expresiones fluye la vida, la alegría, el dolor, el sufrimiento, el tedio mortal de quien me ha escrito; me atrevería a decir algo más: puedo entrever también algunas verdades, e incluso algunos errores que nosotros, «hombres de Iglesia», hemos cometido. En estas frases encuentro también el convencimiento de que ninguna persona humana, varón o mujer, se resigna a vivir una vida insignificante. Nadie desea sentirse un ser inútil, a merced de otros o del azar. Nadie puede convertirse en «amo» del hombre.

Siento tu deseo de cambiar el mundo de las injusticias, de los sufrimientos inútiles, de las masacres, de las desigualdades, de las falsas hipocresías, de la explotación. Y cuando todas estas metas se vuelven inalcanzables... puedo imaginar (aunque no lo comprenda) que haya personas que se sientan tentadas a deslizarse hacia paraísos artificiales con todas las consecuencias.

A éstas sí que las he encontrado (en estos años): en las comunidades terapéuticas, en las cárceles, enfermos de sida... En estos jóvenes «desesperados» y en otros muchos de tus contemporáneos veo que existe el sueño del amor, el deseo de hacer algo bueno; en todos arde el deseo de amistad, la esperanza de hacer la vida más hermosa y agradable, la tensión de la solidaridad hacia todos y particularmente hacia los más marginados. Siento que tienen y quieren tener una conciencia propia, que en todos se ocultan aspiraciones profundas, interrogantes inteligentes sobre el sentido de la vida.

El corazón humano –el tuyo, el mío, el de todos– es más rico de lo que puede parecer; es más sensible de lo que se puede imaginar; es generador de energías inesperadas; es una mina de potencialidades a menudo poco conocidas o ahogadas por la escasa autoestima, la frustrante convicción de que «es imposible cambiar... ¡total, yo no puedo!».

En este punto, entonces, desearía valorar contigo algunas propuestas. La primera es ésta: intenta preguntarte acerca de las verdades que están en lo más hondo de ti. No dudes en hacerte preguntas fundamentales que podrían dejarte sin respuesta; no tengas prisa por encontrar soluciones. Escucha en tu interior. Tienes derecho a preguntarte para conocer tus luces y tus sombras, para saber de dónde vienes y adonde vas, qué sentido tiene tu vida, la vida de tus seres queridos, cuál es el sentido del mundo. No te niegues a pensar, razonar, reflexionar; teme más bien a quien quiera ahogar esta capacidad tuya. Aunque no encuentres las respuestas de inmediato, te sugeriría que no te angusties ni te atormentes: ¡el hecho de mantener viva la pregunta es ya importante! Deja que te ayude alguna persona en la que confíes. Los sacerdotes a quienes has conocido te quieren y están dispuestos a echarte una mano. En el silencio de algún momento crucial siéntete amado por Dios y, si puedes, dile: «Dios mío, qué difícil es orientarse en la vida. ¡Échame una mano!».

La segunda propuesta te parecerá un poco audaz, pero te la hago igualmente: trata de conocer a Jesús. Pregúntate qué piensas de él, de su vida, de su muerte en cruz. Te invito a leer su vida, escrita en el Evangelio (si no lo tienes, pídemelo: ¡te lo regalaré de buen grado!). No tengas miedo de Jesús: cuando le conozcas, le sentirás cercano, amigo, vivo, más concreto que la persona que tienes a tu lado.

Siento un poco de temor al hacerte esta tercera propuesta, pero lo intento de todos modos: a menudo se escucha la crítica según la cual la parroquia, o la Iglesia, es un ambiente cerrado (como decía Stefano); pues bien, intenta cambiar esta situación. En otras palabras: invita a tus amigos a tu casa, invita también a alguien de la parroquia, al sacerdote... y habla con ellos, discute, haz que se oiga tu voz, tus exigencias, tus problemas, los motivos que te han alejado de Dios y de la Iglesia. Pregúntales y pregúntate: ¿qué sentido tiene nuestra vida? ¿Para qué sirve? ¿Qué hago por los demás? ¿Soy capaz de amar o tal vez me hago la ilusión de que sé hacerlo? Mi novio, mi novia ¿agota el horizonte de mis esperanzas o hay algo más? ¿Estoy con él o con ella por placer o por amor, porque quiero de verdad su bien?

La última propuesta está sugerida en parte por Laura. La desproporción que ella enunciaba entre el decir y el hacer me permite invitarte a hacer algo concreto por los demás. La conmoción que experimentas al ver a quien muere de hambre, a los sin techo, a los habitantes del tercer mundo que buscan pan, casa y trabajo, a los discapacitados, los encarcelados, los enfermos de sida... trata de traducirla, quizá con la ayuda de algún amigo, en el compromiso concreto, en el voluntariado. Tal vez te preguntes a menudo, en los momentos de soledad, quién es tu amigo, cuántos amigos tienes. Es posible que te sientas mal al constatar tantas deslealtades, indiferencias y traiciones. Yo te invito a

cambiar este orden de ideas: en vez de preguntarte cuántos amigos tienes, pregúntate más bien de cuántas personas eres amigo o amiga. Y cuando tengas la experiencia de suscitar una sonrisa, de alumbrar una esperanza en la vida de los otros, caerás en la cuenta de que también en tu vida habrá más luz, más sentido, más alegría. Toma estas propuestas como una invitación. Podrías conversar sobre ellas con tus amigos.

Te he escrito con la confianza de que leerías mi carta hasta el final y, al parecer, sigues leyéndola. Pues bien, al terminar, permíteme expresar un último deseo: desearía que la relación iniciada con esta carta tuviera una continuación. Escríbeme, sé que también puedo aprender de ti. Por el momento te dejo, asegurándote que rezo desde ahora por ti, porque te aprecio y porque te quiero.